LA ATHALÍA.

DRAMA SACRO

EN MUSICA,

EXECUTADO EN EL TEATRO DE LOS CAÑOS DEL PERAL EN LA QUARESMA DEL AÑO DE 1800.

EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE SANCHA,
AÑO DE 1800.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
2125

ARGUMENTO.

Muerto Ocozías, Rey de Judá, de la familia de David, Athalía su madre mandó sacrificar á su ambicion todos los hijos de su propio hijo, y usurpó el trono que legitimamente correspondia á sus nietos. Pero Josabeth, hermana del muerto Ocozías, y esposa de Joyada, Sumo Sacerdote, acudió oportunamente al sacrificio que se hacia de la prole regia, y logró salvar al mas pequeño, llamado Joás, el qual junto con su nutriz le escondió en el templo, donde el Sumo Sacerdote lo educó con tanto secreto, que no solo no llegó jamas á traslucirlo Athalía, sino que ni aun hace mencion el Sacro Texto de que fuese sabedora de ello Sebia de Bersabé, madre del heredero del trono. Así que Joás cumplió siete años, el celoso Joyada le descubrió á los Levitas, y al pueblo. En seguida fué muerta la usurpadora, y restablecido al trono la única rama de la estirpe de David, de que esperaba la tierra el prometido Redentor.

Lib. Reg. 4. cap. 11. 12. Paralip. lib. 2. cap. 22. 23. 24.

721728

PERSONAS.

JOAS, *pequeño infante, heredero del trono de Judá, única reliquia de la estirpe de David, baxo el nombre de Oseas, hijo de Ocozías, y de* — Sra. Laureana Correa.

SEBIA DE BERSABE, *Viuda de Ocozías.* — Sra. Lorenza Correa.

ATHALIA, *Abuela de Joás, usurpadora del trono de Judá.* — Sra. Coleta Paz.

JOYADA, *Sumo Sacerdote de los Hebreos.* — Sr. Bernardo Gil.

JOSABETH, *hermana de Ocozías.* — Sra. Joaquina Arteaga.

MATHAN, *idólatra, Sacerdote del Templo de Bahal, confidente de Athalía.* — Sr. Rafael Perez.

ISMAEL, *cabeza de los Levitas, confidente de Joyada.* — Sr. Eusebio Fernandez.

CORO *de doncellas Hebreas, seqüaces de Sebia.*

CORO DE LEVITAS.

La accion se representa en Jerusalem, dentro y fuera del templo de Salomón.

ACTO PRIMERO.

Interior del Templo. Dentro Coro de Levitas.

CORO.

Cumple, oh Dios! de nuestros Padres
las sagradas profecías;
haz que venga en nuestros dias
de su Pueblo el Redentor.

Acabado el Coro salen JOYADA *é* ISMAEL *con recato.*

JOYADA.

Ismael, no lo dudes.

ISMAEL.

¿Será cierto?
¿aun puede renacer nuestra esperanza?
¿aun en el trono de Judá podemos
del Davídico trono ver la rama?

JOYADA.

Sí, Ismael.

ISMAEL.

Pues, Joyada, vamos, vamos:
guiame donde está.

JOYADA.

Deten la planta:
no antes de tiempo tu indiscreto zelo
descubra lo que el mio tanto guarda.
El precioso renuevo, el Real Pimpollo,
vive guardado en la sagrada estancia,
donde Jeobá, para consuelo nuestro,

le inspiró aliento, quando ya espiraba.

ISMAEL.

¡Atónito he quedado!

JOYADA.

En este dia,
abatida la infiel que le usurpaba,
verá Judá, que en el paterno solio
se coloca al legítimo Monarca.

ISMAEL.

¡No alcanzo apenas tan feliz arcano!
¡aun de dudas no se halla libre el alma!
¿Dime, Joyada? ¡que fatal memoria!
¿quando murió Ocozías en Samaria,
el Regio trono no invadió su madre?
¿no dió muerte á sus nietos inhumana?
¿no acabó de este modo vengativa
de Jesé con la augusta y Real Prosapia?
¿no ha renovado el sol desde aquel dia
seis veces su carrera? ¿y no se halla
la pérfida Athalía con el fruto
de sus mismos delitos coronada?

JOYADA.

Sí, Ismaél; pero el Dios Omnipotente,
que á su Pueblo abrió paso por las aguas,
y que faltar no puede á sus promesas,
supo del riesgo con su mano sabia
libertar al que quiso.

ISMAEL.

¿Pero como?

JOYADA.

Oye el suceso, la atencion prepara;
y al Supremo Hacedor por sus bondades

ríndele atento reverentes gracias.
Josabeth ....

ISMAEL.

Sigue pues.

JOYADA.

Esposa mia,
y del muerto Ocozías digna hermana,
fue quien salvó....

ISMAEL.

¿Que dices?

JOYADA.

Al Rey nuestro.

ISMAEL.

¿Y quien puede ser ese?

JOYADA.

Atiende y calla.
Envuelto en tristes y funestas quejas,
tan bien sentidas, quanto mal formadas,
llegó el aviso á Josabeth, mi esposa,
de la fatal tragedia, que inhumana
Athalía, su madre, á sus furores
ambiciosa y cruel representaba;
llegó, repito, el lamentable aviso
del decreto cruel, que sanguinaria
contra sus nietos promulgó la Reyna,
llevada del rencor, que profesaba
por la ruina de Acab, y de su estirpe
de David á la augusta y Regia Casa;
y apenas le escuchó, quando mi diestra
dexa veloz, y parte apresurada
á Palacio, tan ciega y aturdida,
que hasta en su misma prisa tropezaba;

llega á las puertas, que desiertas mira,
entra sin ser de nadie reparada,
pues solo confusion, dolor y llanto
de la mansion Real eran los guardas:
sus espacios transita velozmente,
del susto y de la pena acompañada;
pero indecisa, y de temor cubierta,
suspende el curso á la cansada planta;
mira el lugár con vigilantes ojos,
atenta escucha, y queda asegurada,
que un silencio profundo y pavoroso
reyna tan solo por dó quier que vaya;
temiendo entonces que tardado habia,
presurosa fué á entrar en otra sala,
quando al paso encontró doce Ministros
con las ropas de sangre salpicadas:
túrbase, retrocede, y ellos parten;
y Josabeth atónita y pasmada
no acierta á resolver; por fin se atreve,
á lo interior penetra de la estancia,
y al punto se presenta ante sus ojos
la escena mas atroz y sanguinaria;
ve á sus sobrinos tristes, que despojos
son ya de inexôrable y cruda parca;
ve á los míseros hijos de Ocozías
en sangre envueltos, y cubiertos de armas:
á tanto horror el alma se le turba,
tiembla su corazon, la voz le falta,
su cabello se eriza, y late el pulso
con apresuracion desordenada,
y por las venas la asustada sangre
su circular carrera sigue tarda;

un breve rato, en éxtasis profundo,
lo grave del dolor, tuvo sus ansias.
Exclama luego, en furia vengadora
volviendo contra sí todas sus sañas,
culpándose de omisa y negligente,
sus ropas destrozando, arrebatada;
convirtiéndose en lágrimas sus furias,
á los yertos cadáveres se abraza,
y con la sangre de su llanto triste
las heridas de sangre amante lava.
Ya del uno contempla los destrozos,
ya ansiosa por su nombre al otro llama;
vence el amor en fin, y hácia el mas bello,
hácia aquel que ni un año la luz clara
del sol gozado habia; al niño Joas
dirige tierna su piadosa llama:
le coge en su regazo, le acaricia
con maternal dolor, despues le halaga,
quiere juntar sus labios con los suyos,
y advierte que el infante respiraba;
dudosa entonces del feliz suceso,
trémula siempre, y de temor cercada,
la mano aplica al pecho tiernecito,
y siente el corazon que palpitaba;
aliento cobra al punto, y al infante
oculta: del tumulto apadrinada
al templo le conduce, y él la vida
vuelve á cobrar, que ya le abandonaba;
con el nombre de Oseas, ha seis años,
que solícito velo en su crianza:
¡oh, quiera el cielo que los votos mios
se lleguen á cumplir! La fiera saña

no temo entonces del tremendo Averno:
no temo de la muerte la guadaña.
Venga, venga despues que yo la espero
con alma entera, y virtuosa calma.

ISMAEL.

¡Atónito he quedado! Quando todos
lloramos extinguida aquella rama:
quando su sacra estirpe parecia
que tenia el Hebreo ya olvidada;
se vé elevada al trono?

JOADAS.

Sí; y esta obra
solo es obra del Dios de las venganzas.

ISMAEL.

¡Oh supremo poder, quan facilmente
abatir sabes la soberbia humana!

JOYADA.

Ya advertido, Ismael, estás de todo;
tu obediencia es tan solo lo que falta.

ISMAEL.

Cuenta, Señor, en todo con mi esfuerzo.

JOYADA.

Pues á lo interno de la mansion sacra
entrate al punto, allí disimulado.
lo que mi voz te ordena atento guarda.

ISMAEL.

Dices bien; pero temo que en la Reyna
no despierte el temor desconfianza
al ver el gran concurso de Levitas
que has convocado al templo.

JOYADA.

Aprension vana:

lo solemne y festivo de este dia
dexa su concurrencia disculpada.

ISMAEL.

¿Y para el logro de tan justa empresa
no has prevenido, dime, algunas armas?

JOYADA.

Las mismas que á su Dios dedicó grato
el Real progenitor, de tanta hazaña
serán el instrumento.

ISMAEL.

¿Y bastaremos
á resistir las furias inhumanas
de Athalía y los suyos?

JOYADA.

Bastaremos:
ve, no temas, que Dios nos acompaña.

ISMAEL.

Es grande su poder; mas le suspende
quando del hombre prueba la constancia.

Aria. ISMAEL.

Hórrido mar que brama,
y sordo al triste voto
del infeliz piloto
fiero en ceder está.
Así cruel y fiero
el pecho de Athalía
de la tormenta impía
la furia imitará. *Vase.*

JOYADA.

A su pesar del cielo las promesas
verán cumplidas nuestras esperanzas:
mas Joas...

Sale JOAS *apresurado.*

Padre, corre...

JOYADA.

¿Qué sucede?

JOAS.

Yo ví, yo mismo...

JOYADA.

¿Bien, que has visto, acaba?

JOAS.

Yo he visto que Azarías en el templo
reparte á los Levitas fuertes armas.

JOYADA.

Dexa el temor, que no hay Levita ¡oh hijo!
que embrace en contra tuya escudo, y lanza.

JOAS.

Mi daño no le temo, temo el tuyo;
temo la violacion del templo y ara.

JOYADA.

¿Temes acaso el enemigo acero?

JOAS.

Los riesgos no me asustan, ni acobardan,
que el Alto Ser en mi custodia vela,
que es el fuerte mayor que al hombre guarda.
Tú me lo dices, padre, si recuerdas
que de Moysés, expuesto entre las aguas,
contandome el peligro, me decias
(y tu llanto y mis lágrimas mezclabas).
¡Ay hijo mio! mira tu modelo,
mira en Moysés tu imágen retratada:
Dios á tí, como á él, salvarte quiso,
y renovar así su semejanza.

JOYADA.

Es verdad, mas tambien... Alguno llega:
hasta saber quien es, la sacra estancia
ve de nuevo á ocupar.

JOAS.

Yo no comprehendo,
porque razon de todos me recatas.

JOYADA *y* JOAS *se retiran á lo interior, y sale* SEBIA *con doncellas Hebreas.*

Recitado.

SEBIA.

Donde encamino el pie trémulo, incierto?
quando término, oh Dios, tendrán mis males?
si respirar pudiese
libre en Jerusalem? podria al menos
llorar con libertad. Cielos! que miro!
aquí mis hijos
de mil heridas fueron traspasados,
de Athalía al furor sacrificados.

CABATINA.

Memoria funesta
de sangre inocente,
con llanto recibe
los tiernos suspiros
de una alma doliente,
de una alma infeliz.

JOYADA.

¡Eterno Dios! que miro! aquella es Sebia
la madre de Joas! Atribulada
se acerca á él, sin conocer su hijo;
la prudencia y silencio aquí me valgan.

SEBIA.

¡Cielos, Joyada!

JOYADA.

Ha Sebia! triste Sebia!
¿como en Jerusalem?

SEBIA.

Venir me manda
la inexôrable y pérfida Athalía
del destierro en que triste y solitaria,
luego que el cetro me arrancó y mis hijos,
me ha tenido muriendo sepultada.

JOYADA.

¿Qué pretende?

SEBIA.

Lo ignoro: tal vez puede
que complacerse quiera en ver mis ansias.

JOAS.

¿Por que esa infeliz llora, padre mio?

JOYADA.

Ya lo sabrás: en tanto escucha y calla.

JOAS.

Oh Dios! quanto dolor me da su llanto!

SEBIA.

Cielos! que hermoso niño! Al verle, el alma
no sé que gozo siente interiormente:
sus ojos de los mios no se apartan.
¿Este Infante, Joyada, es hijo tuyo?

JOYADA.

No; pero como á tal mi amor le trata.

SEBIA.

¿Qual es su nombre?

JOYADA.

Oseas.

SEBIA.

¿Que edad tiene?

JOYADA.

Siete años cumplió ya.

SEBIA.

¡Memoria amarga!
Siete años tambien Joas tuviera,
si su vida inocente no cortára
Athalía cruel ¡ay hijo mio!
¡ah pena fiera! de una vez me mata.

JOAS.

No así llores, Señora, que me oprimes.

SEBIA.

¡Oh inocente piedad! ¿qual fué su patria?

JOYADA.

Señora, no lo sé.

SEBIA.

Su padre?

JOYADA.

El cielo.
¿Pero por que deseas con tal ansia
tener noticia del?

SEBIA.

Porque al mirarle
no sé que oculto afecto me arrebata.

JOYADA.

¡Oh de la sangre irresistible fuerza,
como con muda lengua te declaras!

SEBIA.

Oseas, dime, ¿donde está tu madre?

JOAS.

Lo ignoro.

SEBIA.

Mas lo sientes?

JOAS.

En el alma.

SEBIA.

¿La conociste?

JOAS.

Nunca.

SEBIA.

¡Ay hijo mio!
(Oxalá que lo fueras) tus desgracias
en parte se parecen á las mias.

JOAS.

¿En qué madre? que así mi amor te llama.

SEBIA.

En carecer tú de ella, y yo de hijos.

JOAS.

No te aflixas por eso, que la santa,
la inmensa providencia de Dios justo,
tal vez nos volverá con mano franca
á tí los hijos quando á mí la madre.

SEBIA.

¡Ay Oseas! que inútil esperanza!
mis hijos fenecieron, sí, no hay duda;
pero ven á mis brazos, llega, acaba,
y plegue al cielo encuentres á tu madre
en pago del consuelo que me causas.

JOYADA.

¡Con que terneza, aunque sin conocerse,
los brazos de los dos finos se enlazan!

¡Ah! como la alegria de mi pecho
manifiesta en mis ojos lo que él calla!
Corro á decirle . . . pero no que es madre,
y el gozo inesperado la hará incauta:
prosiga el disimulo. Vete Oseas,
y en el vecino pórtico me aguarda.

SEBIA.

Quanto siento dexar tan dulces lazos.

JOAS.

A Dios Señora.

SEBIA.

A Dios.

JOAS.

Padre, si me amas
haz que venga á vivir entre nosotros.

JOYADA.

Ve; luego volverá.

JOAS.

Señor, repara
que mi partida aumenta su quebranto;
Consuelala.

SEBIA.

¿Que afecto será causa
de la piedad de Oseas? parte ansioso,
retrocede, me mira, llora, y anda:
Oseas mio, Oseas, ¿que aflicciones
tu discurso entretienen y embarazan?

JOAS.

Pienso en tu pena, y pienso que mi madre
al perderme, tal vez, así lloraba.

ARIA.

Yo no puedo separarme
de tu vista ¡oh justo cielo!

de que nace este desvelo
no penetra el corazon.
Devorar mi pecho siento,
y explicar en tal momento
yo no acierto la razon. *Vase.*

SEBIA.

En este tierno y delicado niño
la razon á los años se adelanta.

JOYADA.

¿Te has olvidado, Sebia, que Athalía
te está aguardando? Ve, no tu tardanza,
despertando temores en su idea,
la llene de sospechas temerarias;
advierte que del lado de un impío
los recelos ni un punto se separan.

SEBIA.

Permite que difiera el cruel momento
que á mi pecho en su vista se prepara.

JOYADA.

Ceda ya tu amargura á los consuelos;
que entronando sañuda una borrasca,
porque no es dado á su furor mas fuerza,
cede el rigor y brilla la bonanza:
la pena tuya fervorosa apoya
en la santa piedad que nos ampara,
y el puerto encontrarás de la ventura
en aquel mismo mar de la desgracia;
y en este dia, sí, y en este dia,
hallarás un consuelo que no alcanzas.

SEBIA.

En vano compasivo solicitas
aplacar mi dolor con esperanzas;

¿como quieres Joyada; como quieres
que apacigue mi mal la tolerancia
si adonde fuí reynante en otros dias
voy á vivir qual miserable esclava?

JOYADA.

El humilde, Señora, nunca es débil,
que Dios lo eleva con su diestra santa.

SEBIA.

Dices bien. ¡Oh! gran Dios!

JOYADA.

En él confia,
y parte al punto.

SEBIA.

¡Suerte desgraciada!
Ya te sirvo; partamos, sí, partamos,
y pruebe mi valor esa inhumana;
mas ah! que viendo el pavoroso sitio
donde mis prendas fueron inmoladas,
y el suelo infame de la sangre tinto,
arde mi pecho en vengadora rabia...
Pero, Sebia infeliz, ¿que es lo que puede
hacer tu débil diestra? Solitaria,
sin apoyo del mundo aborrecida,
¿que consuelo te resta en tus desgracias?

JOYADA.

Aria.

Ya basta, oh triste Sebia,
de pena y de quebranto,
que pronto el cielo santo
dispensará piadoso
alivio á tu dolor,
olvida los temores,

que armando está severo
el cielo justiciero
su brazo vengador. *Vase.*

SEBIA.

Sin esposo, sin hijos y sin trono
ningun remedio queda á mi esperanza;
pero Athalía espera: vamos Sebia,
vamos pues á morir en pena tanta. *Vase.*

Gran gabinete: *salen* ATHALIA y MATHAN.

MATHAN.

¿Donde vas Athalía? tente, espera.

ATHALIA.

En vano me detienes.

MATHAN.

Las profanas,
y sacrilegas losas de aquel templo,
no es lícito pisar al que consagra
al divino Bahal.

ATHALIA.

Ahora no es tiempo
de reparos, Mathan; lo que prepara
mi industria es lo que importa: principiemos
á hablar, voy al momento con Joyada.

MATHAN.

Mas advierte, que siempre es peligroso
aventurarse á la fiereza y saña
de tantos enemigos sin escolta:
desiste de una empresa temeraria,
y el hablar con Joyada á mí confia.

ATHALIA.

Parte veloz, y con astuta maña
la fábula embellece con adornos

que la mentira por verdad persuadan;
asegura que el bárbaro decreto,
principió atroz de la tragedia infausta
de su mísera prole, fué dictado
por el Rey de Israél; que por salvarla
fingí asistir al sacrificio horrendo:
que del ardid valida y apoyada,
salvé de sus rigores al mas tierno,
que oculto vive en mi clemente casa:
y porque mas lo crea y se asegure
exâgera mi zelo y vigilancia;
que el soñado heredero hoy en el trono
colocado has de ver.

MATHAN.

Hoy?

ATHALIA.

¿Que te espanta?

MATHAN.

¿No saber por que causa lo apresuras?

ATHALIA.

Son mis sospechas muy sobrada causa.
Ha tiempo que distingo en mis vasallos
una abatida sumision forzada,
que me asusta y anuncia allá en mi pecho
eterna perdicion, ruina y desgracia;
mas no es esto, no es esto, lo que aumenta
el recelo, y temor que me acobarda,
sino el grande conjunto de Levitas,
que hoy en el templo reunió Joyada.
De junta tan horrible de asesinos,
que puedo yo esperar? vil asechanza,
infamias y perfidias: de ese pueblo

la gran seguridad, la confianza
con que del solio de David espera
que su salud y libertad renazcan,
quantas negras imágenes presenta,
que triste anuncio á mi dolor prepara.

MATHAN.

¿Pero ya con la muerte de tus nietos,
esa credulidad no hiciste vana?

ATHALIA.

No es lo que temo yo la certidumbre,
temo el engaño, temo que otros haya,
que piensen qual yo pienso; temo á alguno
que tomando apariencia y sombra falsa
de esa antigua familia, los seduzca;
y ciertamente aquel que lo intentára
seria creido; y aunque hubiese otros
que en su pecho las dudas alvergáran,
solo por ser contrarios de Athalía
fingir creyeran lo que ya dudaban.
Y si acontece así ¿qual mi destino
será entonces, Mathan? abandonada
de todos me veria... que!:.. de todos?
Antes se impida tan fatal desgracia;
ceda en nuestro provecho su fé ciega,
y de apoyo nos sirva mi falacia:
aquel hace verdades las ficciones
cuyo fingir á todos se adelanta,
y muchas veces triunfa la mentira
de la verdad si es antes escuchada:
así, primero que otro se anticipe,
finja nuestra cautela este Monarca;
mas quede en mi poder, y que su vida

dure mientras que fuere necesaria:
así destruyo sus presagios todos,
así de otros la cólera se aplaca,
descubriendo quien son falsos amigos,
y quedando en el trono asegurada.

MATHAN.

¡Muger excelsa! á la verdad nacida
el hombre á dominar.

ATHALIA.

¡Qué miro!... calla.

MATHAN.

Pero quien llega...

ATHALIA.

Sebia. Su venida
al proyectado engaño es necesaria:
parte, no te detengas, que en el templo
del divino Bahal mi fé te aguarda.

MATHAN.

Conviene que con ella sacrifiques
el ódio al disimulo: de la trama
una parte descubrele tan solo
hasta ver su intencion: está agraviada,
y aunque infeliz, tambien del infelice
es temible, Athalía, la venganza. *Vase.*

ATHALIA.

De todos los resortes del engaño
ahora es tiempo, artificio, que te valgas.

Sale SEBIA.

¡Dios de Israel! protege mi inocencia.

ATHALIA.

Llega, hija mia: llega, Sebia amada,
al seno maternal ¿que te detiene?

dame tus finos brazos: ¿angustiada,
trémula y recelosa me abandonas?
¿que temes? ¿que te asusta y acobarda?
Permite al menos....

SEBIA.

Basta, fiero monstruo:
no provoques de nuevo mi desgracia,
no insultes mi dolor: he sido madre,
y aun lo fuera, cruel! sino reynaras.

ATHALIA.

¿Que no has de estar, ¡oh, Sebia! todavía
de ese fatal error desengañada?

SEBIA.

Desengañada? como? ¿quando vieron
mis ojos los efectos de tu saña?
¿No vi el estrago yo de las heridas?
¿yo no vi derramar con abundancia
la sangre mia? sí: la sangre tuya....
confúndate esta voz.... mas no te espanta;
que el pecho en la maldad endurecido
se goza y se complace en escucharla.
Puedes eso negar? ¿negarme puedes
que entre arroyos de sangre vi anegadas
sus vidas inocentes? Por fin, ¿puedes
impavida negarme que á tus guardias,
del horrendo espectáculo, mandaste
que con fuerza y rigor me separaran?

ATHALIA.

Eso no prueba que la muerte suya
fuese obra de mi mano decretada;
tus hijos eran hijos de Ocozías,
y el pecho como á nietos los amaba.

El cielo, el justo cielo sabe el tiempo
que llora mi dolor su muerte infausta.

SEBIA.

¿Pero quien decretó tal sacrificio?

ATHALIA.

¿Quien? de Israél el pérfido Monarca.

SEBIA.

Yo conozco á Athalía.

ATHALIA.

Y yo lo juro.

SEBIA.

Tu juramento es nulo; no me basta.

ATHALIA.

Mi respeto, mi crédito, mi estirpe,
y el augusto caracter....

SEBIA.

De tirana.

ATHALIA.

Amor de madre disculpar tan solo
pueden tu mal decir, tu intolerancia,
tu atrevimiento; pero escucha, escucha,
verás que tus insultos no me agravian.
De Israél el Monarca, á decir vuelvo,
fue quien así borró su antigua fama;
él derramó la sangre de tus hijos,
y yo inocente padecí culpada:
si hasta aquí de este crimen he sufrido
toda la negra y calumniosa mancha,
es solo porque á veces nos conviene
abrazar el silencio á los Monarcas;
pero luego que cesan las razones,
habla la libertad, la infamia calla:

y hoy mismo, si tú quieres, Sebia, hoy mismo
todo Jerusalem pondré á tus plantas.
El mundo lo ha de ver: serás su Reyna,
y serás....

SEBIA.

Reyna.... Yo?

ATHALIA.

Sí, escucha, y calla.
Siete años ha que ciño una corona,
que colocó en mis sienes la desgracia,
y otros siete que sufro á pesar mio
el peso enorme de tan dura carga.
De hoy mas quisiera con feliz sosiego
vivir el tiempo que á mi vida falta,
antes que del gobierno las fatigas
abrevien de mis dias las jornadas.
Tambien quisiera, que dexar el trono
de civil disension no fuera causa,
que como tú no ignoras en tus hijos
tuvo funesto fin la dilatada
estirpe de tus Reyes: deseosa
de prevenirlo todo, de una traza
nos hemos de valer para el proyecto,
la qual no dudo apruebes, si reparas
que el público provecho anteponerse
debe al particular, y que aunque engaña
aquel que en sus engaños el bien busca,
el fin disculpa lo que el medio agrava.

SEBIA.

No sirvo de instrumento á la perfidia,
conozco tu política malvada.

ATHALIA.

Quando sepas á fondo mis ideas,
verás otro sentido en mis palabras;
verás mi corazon en ellas mismas,
y verás que Athalía solo trata
de tu felicidad.

SEBIA.

Es sospechosa
toda ventura que de tí dimana.

ATHALIA.

Mi corona pretendo renunciarte.

SEBIA.

Con sangre de mis hijos salpicada.

ATHALIA.

¿Y dudas de mi fe?

SEBIA.

Dudaré siempre,
que no cabe verdad donde hay falacia.

ATHALIA.

No mas, Sebia, no mas .... perdona, oh hija!
de las quejas de amor, la intolerancia,
la sangre, el parentesco, las disculpan.

SEBIA.

¡Que cautelosa!

ATHALIA.

¡La ficcion me valga!
El cuidado del Solio te abandono,
entanto que mi afecto te prepara
un apoyo que debe sostenerle;
admite, Sebia, el don sin repugnancia;
á mi reposo sacrifica el tuyo,
dictando leyes, donde yo reynaba:

el descanso, el descanso solamente
apetezco, de mando y reynar basta.

SEBIA.

Para eludir las tramas de la iniqüa
fortalece, Dios mio, mi constancia.

ATHALIA.

No respondes?

SEBIA.

¿Y el Sumo Sacerdote
aprueba la renuncia?

ATHALIA.

Todo se halla
prevenido por mí: quien te aconseja,
antes que los efectos ve las causas,
reflexîona los medios, los combina,
y si se han de frustrar no los abraza.
Porque no esté privada de tu vista,
conmigo ocuparás la regia estancia,
y en ella sin zozobras del proyecto
quedarás por menor mas informada:
fia de un noble pecho, que desea
acreditar lo mucho que te ama.

SEBIA.

Que perfidia! finjamos, no penetre
mis ocultos designios la malvada.

ARIA.

Mírame, y del semblante
deduce mis afectos,
verás que cada instante
se llena de pavor:
con tiernas lágrimas
mi prole mísera

llorando siempre
está mi amor.
Al fin soy madre,
y sus heridas
dexó esculpidas
en mí el dolor.
¡Que bárbaro tormento!
el pecho desfallece:
¡que angustia y sentimiento!
ya de sentir no siento,
ni lloro de llorar. *Vase.*

ATHALIA.

¡Oh quanto, quanto á mi soberbia cuesta
humillarse á la voz de mi contraria!
mas por fin ha quedado convencida:
si Mathan á vencer llega á Joyada,
sellaré mi proyecto con el triunfo,
saciaré mi ambicion, si es que se sacia
la ambicion de reynar; en quien no vive
sino aquel tiempo que en el trono manda.

Gran plaza de Jerusalem con el templo de Salomón en el foro, y cuyas puertas deben ser practicables, las quales estarán cerradas.

Aparece MATHAN *junto á ellas.*

MATHAN.

De su Dios en el templo mi porfia
una vez y otra vez en vano llama:
sordos á mi llamar sus Sacerdotes
orgullosos desprecian mis instancias
so color de su culto religioso.
¡Que sufra este baldon mi tolerancia
de una junta sacrílega de impíos!

¡qué se valga Athalía de Joyada,
sabiendo que sus ritos menosprecia!
Pero de Josabeth acompañada
la viuda de Ocozías viene al templo;
preciso es ocultarme, por si trama
alguna iniquidad contra Athalía:
mi cautela tambien aquí me valga.

Salen SEBIA *y* JOSABETH.

SEBIA.

Ya resolví: la sangre de mis hijos,
y las insidias que de nuevo trata
la usurpadora, de Sion me obligan
sin demora á partir.

JOSABETH.

Querida hermana,
en nombre del amor y de la sangre
diferirlo te ruego; de Joyada
consulta el parecer.

SEBIA.

¿Donde se encuentra?

JOSABETH.

En el templo, ofreciendo ante las aras,
por tu bien, al gran Dios sus sacrificios.

SEBIA.

¿Por bien mio?

JOSABETH.

Sí, Sebia, por tu causa.
No puedo decir mas, sino que el cielo
te prepara una dicha inesperada.

SEBIA.

Con sus votos unamos nuestros votos,
porque la ofrenda sea á Dios mas grata.

HIMNO.

Coro. Piedad, ¡oh Dios benéfico!
de un Pueblo perseguido.
2.ª Piedad de un Pueblo mísero,
¡oh Padre de Israel!
Coro. Piedad de un Pueblo mísero,
¡oh Padre de Israel!

Acabado el himno se abren las puertas del templo, y sale JOYADA.

JOYADA.

¿Que osada mano el sacrosanto templo
con golpes importunos profanaba?

MATHAN.

La mia.

JOYADA.

¿Que pretendes?

MATHAN.

Oye aparte.

JOYADA.

Retiraos las dos.

SEBIA.

¡Cielos, constancia!

JOYADA.

¿Quien te manda venir?

MATHAN.

¿Quien? Athalía.

JOYADA.

¿Que pretende?

MATHAN.

La gloria de su patria.
Quiere ceder el trono, y dar al Pueblo
un nuevo Rey....

JOYADA *le da una mirada con la mayor indignacion; le vuelve con desprecio la espalda, y se va al templo.* MATHAN *le sigue, y al tiempo de entrar en él, le salen al paso los Levitas armados, y le cierran las puertas.*

MATHAN.

¡Que es esto, así se ultraja
al Nuncio de Athalía! ¡y al Ministro
del sagrado Bahal! de tu arrogancia
yo sabré castigar.... ¿con otro ultraje
me responde un tropel de gente armada?
En ese templo el fuego se fomenta
de la conjuracion que recelaba;
pero en breve la astucia y los rigores
le sabran apagar.... ¡Ay desdichada
Jerusalem! si enciendes de Athalía
la justa indignacion de la venganza. *Vase.*

Salen JOSABETH *y* SEBIA.

Recitado.

SEBIA.

Del templo los Levitas
las puertas han cerrado.

JOSABETH.

El despecho del bárbaro Ministro
me llena de terror. ¡Cielos divinos!
¡oh si frustrar pudiese
los crueles efectos de su ira!

SEBIA.

Josabeth, devorada
del dolor mas impío,
de mi pecho infeliz desmaya el brio.

FINAL.

SEBIA.

No puede mi constancia,
no puede el pecho mio,
tormento tan impío
mas tiempo tolerar.

JOSABETH.

Alienta tu constancia,
del pecho anima el brio,
tormento tan impío
no siempre ha de durar.

Salen ISMAEL *y* JOYADA *del templo.*

JOYADA.

Pérfido, tu malicia,
íntegra mi justicia
del cielo acompañada,
supo al fin contener.

ISMAEL.

Sus tramas maliciosas
tu zelo ha conocido,
dexando confundido
al pérfido impostor.
Mas debes de Athalía
temer la tiranía,
que furias abortando
se vengue en tí, lanzando
el rayo del furor.

JOSABETH.

Temiendo esa tirana,
abandonar mi hermana
quiere Jerusalem

SEBIA.

Lo pide mi destino.

JOYADA.

Se opone á nuestro bien.

SEBIA.

¿Que haré, divinos cielos?

LOS TRES.

De madre el dulce afecto,
el pecho vacilante,
con el precioso infante
su amor despertará.

SEBIA.

De afectos combatido
el pecho vacilante
palpita á cada instante:
oh Dios! por qué será?

Vanse JOSABETH *y* JOYADA.

Partir yo quiero.
Ay Dios! qué miro!....

Sacan de la mano á JOAS, *que vendrá custodiado de Levitas.*

JOAS.

Suspende tu partida.

CORO.

Detente.

JOAS.

¡Oh Sebia de mi vida,
ten de mi amor piédad!

SEBIA.

¡Oh Dios! ¿qué haré?
me siento enternecida,
me da su amor piedad.

JOSABETH.

Ya se enternece.

JOYADA.

Ya tiembla, y se estremece.

SEBIA.

Yo ya vacilo.

ISMAEL.

Ya cede su rigor.

LOS QUATRO.

Distante de la calma
el pecho ya no está.

SEBIA.

Parece que del alma
distante el bien no está.

JOAS.

No me abandones.

JOSABETH.

Oye sus votos.

JOYADA.

A sus razones se vencerá.

SEBIA.

Por fin venciste ya.

TODOS.

¡Oh gran Dios! ¡oh gran Dios!
desarma de Athalía
el bárbaro furor:
de un Pueblo que en ti fia,
gran Dios, oye el clamor.

JOYADA.

Pérfidos, prontamente,
con su poder sagrado,
vereis que del malvado

castiga el ciego error.

JOSABETH.

El temerario fiero
respete su furor.

TODOS.

Del justo oye los votos,
del Pueblo oye el clamor;
si es grande nuestra ofensa,
es tu piedad mayor.
Eterno Dios clemente
mi pecho consolad,
bastante de Athalía
probó la iniquidad.

ACTO II.

Interior del Templo. Salen por distintos lados JOSABETH, *y* JOYADA.

JOYADA.

Josabeth, que sucede?

JOSABETH.

Que Atalía
prorumpe en vengativas amenazas
contra todos aquellos que en el templo
santifican á Dios, y ansiosa llama
á la mísera viuda de Ocozías
por un ministro suyo.

JOYADA.

¿Y qué desmaya
su virtud vacilante? De la iniqüa
no tiene que temer. A su Monarca
pronto verá Judá, y verá Athalía
el dia de furor. A acompañarla
ve Ismael, y su pecho fortalece
en nombre del Señor.

JOSABETH.

Yo retardára.

JOYADA.

Obedece. *Vase* ISMAEL.

JOSABETH.

Con todo, es esponerla,
y esponernos tambien. La confianza
no siempre favorece, y sentiria

renovase Athalía las desgracias
que llora y llorará nuestra familia:
instrumentos tal vez de su venganza
quiere el Señor que sean sus furores.
Todavia Judá de su pasada
idolatría no ha espiado el crimen,
y aspira por su medio á castigarla.
Tu pueblo te ofendió, pero es tu pueblo,
eterno Dios de Abram, y de tu saña
no exerzas el rigor: En tu presencia
qual podrá presentarse sin la mancha
de algun delito; si de tí proviene
nuestro temor, tambien nuestra esperanza,
que eres á un mismo tiempo juez y padre.

JOYADA.

¿De ese modo que dudas? ve, y declara
el misterio á Joás, para que sepa
que en él el cielo conservó la rama
del tronco de David, y que su solio
se prevenga á ocupar como Monarca.

JOSABETH.

En tanto con tu exemplo del Levita
anima y fortalece la constancia.

ARIA.

Gran Dios, piadoso y fuerte,
defiende un inocente:
en vano el inclemente
con ceño vengativo
pretende siempre altivo
triunfar de su candor.
De santo zelo armado
defiende la inocencia,

que el Dios de la clemencia
te prestará favor.
De un Dios benéfico
dudar no debe
jamas el ánimo
del que promueve
su sacro culto
con santo ardor.
Tema el impío,
tema el malvado
el cruel castigo
de un Dios ayrado,
que le amenaza
con el rigor.

JOYADA.

De la maldad el vicio apadrinado
abate y postra á la virtud sagrada;
pero su abatimiento no es eterno,
que la virtud es qual sublime palma,
que quanto mas la oprimen y la agovian,
con mas vigor y fuerza se levanta.
Que es esto! Y Sebia?

Sale ISMAEL.

Queda en el palacio
de la hija de Acab.

JOYADA.

¿Como te apartas
faltando á mis preceptos de su diestra?

ISMAEL.

La misma Sebia, al ver que se doblaban
las guardias de aquel sitio, me ha mandado
que de estas precauciones te avisara

temiendo su furor.

JOYADA.

Llegó el momento
de renovar el pueblo la esperanza
que miraba perdida. Vuelve, vuelve
á la infame mansion de la malvada,
y de mi parte á Sebia con cautela
le dirás que conviene á nuestra causa
exâminar á fondo sus intentos,
y sean los que fueren, sin tardanza
venga á enterarme de ellos; ve, y confia
en que el Señor defiende nuestra causa. *Vase.*

ISMAEL.

No quisiera que el Sumo Sacerdote
el furor de Athalía provocára.

ARIA.

De un ánimo ambicioso,
de un pecho fementido
debe estar prevenido
aquel que receloso
está de su furor. *Vase.*

Gabinete. Salen MATHAN *y* ATHALIA.

ATHALIA.

Basta Mathan: no mas, que los ultrajes
que has sufrido del pérfido Joyada
tienen mas trascendencia que imaginas.
De la conjuracion que recelaba
ya el fuego se encendió; mas con su sangre
yo le sabré apagar: ve, y con mi guardia
sorprehende á los traidores en el templo,
y si se resistiesen, hiere, mata,
aniquila, destruye y extermina;

y si fuese preciso el templo abrasa,
porque el fuego se apague con el fuego.

MATHAN.

A cortar sus insidias ya no alcanza,
Athalía, el rigor.

ATHALIA.

De otras mi pecho
ha sabido triunfar mas arriesgadas.

MATHAN.

Son muchos, y muy fuertes los Levitas
que su malicia armó contra tu causa.

ATHALIA.

Ah traidores! La astucia solo puede
contrastar su perfidia temeraria.
Parte en busca de Sebia.

MATHAN.

Está ofendida,
y no apruebo, Señora, que te valgas
de un corazon que debe aborrecerte.
Aun llora la tragedia sanguinaria
de su infelice prole, y presurosa
con Josabeth al templo caminaba,
tal vez, á descubrir á los traidores
que el trono determinas renunciarla.

ATHALIA.

Athalía no tiene otro designio:
mis tramas destruir deben sus tramas.

MATHAN.

Armado el sufrimiento, á desarmarle
ni el artificio ni el poder alcanzan.

ATHALIA.

Conviene á mi política con Sebia

hacer la última prueba : ve á llamarla,
que del puñal y el cetro tendré el mando
si consigue el engaño alucinárla.

MATHAN.

Ya te sirvo : mas cree que del odio
no se extingue el rencor sin la venganza. *Vase.*

ATHALIA.

Apure la ambicion todos los medios
nacida á dominar , y acostumbrada
á un poder absoluto , no podria
humillarse mi pecho á la desgracia,
ni menos recibir preceptos de otro:
prevengase con tiempo esta mudanza,
y en caso de morir , múerase al menos
con el cetro en la mano. Mi contraria!
Calle el despecho y hable la ternura.
Salen SEBIA, *y* MATHAN *que se queda retirado.*
Perdona si un cuidado de importancia
te privó de mi vista. ¿Todavia,
todavia no estás asegurada
del candor de mi pecho?

SEBIA.

Siempre dudo,
siempre temo.

ATHALIA.

De quien?

SEBIA.

De mi desgracia.

ATHALIA.

¿Temes el pueblo , temes los Levitas,
que aun viven con la inútil esperanza
de que han de ver cumplidas las promesas

que les hizo su Dios? Si de esta causa
provienen tus temores, facilmente
se pueden disipar con una traza.
Sin riesgo de ser víctima del trono
puedes gozar, si quieres, de sus altas
y dignas preeminencias.

SEBIA.

De que modo?

ATHALIA.

Siendo madre de un Rey. Qué te acobarda?

SEBIA.

Madre yo?

ATHALIA.

Madre tú.

SEBIA.

¿Como han podido,
siendo todos despojos de la parca,
mis hijos renacer?

ATHALIA.

Escucha atenta,
y lo sabrás: de la comun desgracia
dirás al pueblo que las dos salvamos
al pequeño Joás.

SEBIA.

Terrible infamia! *Aparte.*

ATHALIA.

Que al mirar que eres tú quien lo asegura,
todos darán asenso á tus palabras.
Por tu bien y mi bien, hija querida,
esta propuesta debe serte grata.
La dignidad de un trono en sí contiene,
y contiene la dicha de quien trata

asegurar la tuya. No respondes?
¿Te cubres de pavor, y al cielo exclamas?

SEBIA.

Al cielo exclamo, si, pérfido monstruo,
admirada de ver la tolerancia
que usa mi Dios contigo.

ATHALIA.

Si la idea,
creyendola sacrílega, no abrazas,
la abrazará Joyada.

SEBIA.

No es posible
que apoye tal vileza, ni se valga
para un siniestro fin de los presagios
que por boca de tantos Patriarcas
hizo el Dios de Israel á todo un pueblo,
que siempre defendió, y que suyo llama.

ATHALIA.

Por fin no cedes?

SEBIA.

No.

ATHALIA.

Todo es perdido:
tiembla mis iras.

SEBIA.

Tiembla mi venganza.

ATHALIA.

No temes mi poder?

SEBIA.

No me intimida:
que yo soy inocente, y tú culpada. *Vase*

ATHALIA.

¿Númenes Tutelares de Athalía,
asi me abandonais á la desgracia?
el consejo y el arte ya no sirven.

MATHAN.

Si no sirven entonces ¿á qué aguardas
qué del fuego y del hierro no te vales?
Convoca á tus parciales sin tardanza,
y desata el furor, que yo entretanto
que el exterminio y el horror propaga,
ofreceré devoto sacrificios
de Bahal por tu bien ante las aras.
La piedad para tí sea un delito,
todo acabe al rigor de la venganza:
perezcan los traidores, caiga el templo,
aniquila, destruye, incendia, mata;
quede Jerusalem, á ser posible,
entre mares de sangre sepultada.

ATHALIA.

Ninguno se liberte, ni uno quede
que á la memoria de la esposa amada,
del amigo, del padre, de los hijos
pueda ofrecer sus lágrimas amargas. *Vanse.*

Interior del Templo. Sale JOYADA *y* JOAS *con manto, corona, y cetro.*

JOYADA.

Ven, Joás, ven Rey mio.

JOAS.

No me niegues
de hijo el dulce nombre, si me amas.
Si pierdo yo este honor, de qué me sirve
el título pomposo de Monarca?

JOYADA.

Sí; de mi corazon única prenda,
tan amada de mí como guardada,
el nombre te daré que tú quisieres.

JOAS.

¿Y por qué al proferirlo se desatan
en abundosas lágrimas tus ojos?

JOYADA.

No siempre del dolor el llanto es causa.

JOAS.

¿Y que dirá mi madre, padre amado,
al mirar que me adorna regia gala?

JOYADA.

Se alegrará, si encuentra como el trage
regio tu corazon.

JOAS.

Ya que me ensalza
á la silla real el justo cielo,
el cielo me hará digno de ocuparla.
¿En las manos de Dios tú no me has dicho
que del que reyna el corazon se halla?

JOYADA.

Es verdad: mas tambien con disimulo
al tiempo que instruirte procuraba,
en las obligaciones yo te impuse
que hacen de un Rey la dignidad pesada.
De repetirlas este es el momento,
cumplelas, y en tu pecho fiel las guarda,
que tambien Dios arroja de sus manos
el corazon del Rey que las quebranta.
A reynar da principio por tí mismo,
tus pasiones sujeta y avasalla,

que deste modo á obedecer enseña
á los subditos suyos el que manda.
Lo que debes hacer, no lo que puedes
de todas tus acciones sea la tasa,
que no es ser poderoso ser injusto,
ni el poder obrar mal poder se llama.
Atiende al bien comun antes que al tuyo,
y como padre tus vasallos trata:
no los oprimas nunca, ten presente
que el tiránico imperio pronto acaba.
Que el temor siempre ha sido de los Reyes
poco segura y peligrosa guarda,
y que nunca del triste á quien oprime
la cadena opresora, ha sido amada.
Tu equidad los castigos y los premios
con plena informacion siempre reparta,
y no de otro los fies, que este encargo
solo es propio de Dios y de un Monarca.
Tarde resuelve, y executa pronto
lo que resuelvas, pues lo mismo daña
la prontitud en las resoluciones,
que en las executiones la tardanza.
Hallen tu oido pronto los vasallos
para escuchar sus lástimas amargas,
no sea tu mansion para sus quejas
el mas soberbio inexpugnable Alcazar.
mita al sol, que claro y refulgente
montes y valles con su luz aclara:
o de la estrella sigas el exemplo,
ue á nadie alumbra por estar tan alta.
Junca en público des castigo á culpa
ue en secreto ser pueda remediada,

ni al que vencer pudieren las razones
espante tu rigor con amenazas.
Ultimamente en todas tus empresas,
si pretendes que salgan acertadas,
lleva siempre por guia la prudencia,
por amigo el valor y la constancia;
la justicia á la diestra de tu trono,
y el supremo Hacedor dentro del alma.
Estos preceptos observar procura
con la puntualidad mas estremada:
no los separes nunca de tu mente,
y en el seno de Dios despues descansa.

JOAS.

Tus leyes en el pecho eternamente
(lo juro ante el Señor) tendré grabadas.

JOYADA.

Ya descubrir conviene á los Levitas
lo que hasta aquí el temor les ocultaba.
Ya es fuerza que á su Rey en tí conozcan,
y que ocupes el trono que te aguarda;
mas antes reverente á Dios te humilla
á implorar los auxîlios de su gracia.

Recitado.

Eterno Dios de Abram, que me sacaste
del seno de la nada, y en mi frente
por mas honra esculpiste
tu imagen soberana,
hazme digno de tanto beneficio
como le debo á tu favor propicio.

ARIA.

Dios piadoso, Dios clemente.
que mi fé rendida adora,

el favor el alma implora
de la luz de tu Deidad:
con tu espíritu mi pecho
de temor dexa inundado,
porque brille en mi reynado
la justicia y la piedad.

Sale JOSABETH *apresurada.*

JOSABETH.

Oh Dios!

JOYADA.

Que ha sucedido? Que te asusta?

JOSABETH.

Athalía... Athalía... Esa inhumana,
el todo ó parte del intento tuyo
á saber ha llegado, y despechada,
emblando de furor, ciega de ira,
rorumpiendo en sangrientas amenazas,
us soldados reune, junta tropas,
olícita previene fuego y armas,
creo que hácia el templo se encamina
fin de sorprenderte.

JOAS.

¡Oh suerte ayrada!
uien podrá defendernos?

JOYADA.

Aquel mismo
uel, que porque viesen sus venganzas
sol mandó parar: aquel que fuerte
Jericó deshizo las murallas:
uel que libertar supo á su pueblo
la cadena egipcia que arrastraba.

JOSABETH.

Ven, y con tu presencia fortalece
del tímido Levita que desmaya
el pecho vacilante.

JOYADA.

Vamos.

JOAS.

Padre,
¿de esta manera abandonarme tratas?

JOYADA.

Hijo mio, no temas, pronto vuelvo;
mas oh suerte feliz! con veloz planta
tu madre aquí se acerca, corre, corre,
sus tiernos brazos á su cuello enlaza,
sus lágrimas enxuga con tus labios,
de sus penas serena la borrasca.
Mira, Sebia, á tu Rey, mira á tu hijo.
Corre el niño á SEBIA, *que acabará de salir*
y se queda suspensa, y despues de alguna paúsa dice

SEBIA.

Cielos! que escucho: atonita y pasmada
me ha dexado esta voz. Ah! Reyna impía
por fin le seduciste: ya es Joyada
cómplice en su delito, y este Infante
es aquel que elevar al solio tratan.
ay infelice suerte!

JOAS.

Madre mia!

SEBIA.

Qué dices? Qué pronuncias? huye, aparta,
no te acerques á mí.

JOAS.

Que, no soy digno:::

SEBIA.

De ser mísero objeto de la saña.

JOAS.

Qual es mi crimen? Qual es mi delito?
En qué pude faltar? no me abrazabas:
no te compadecias de mis penas
quando mi condicion te era ignorada?
pues porque, quando ves que soy tu hijo
tan rigorosamente me maltratas?

SEBIA.

Tú hijo mio? tú? Dexa ese nombre,
dexa el cetro real.

JOAS.

Divina causa!
que no soy hijo tuyo? Será cierto!
pues dime quien soy yo?

SEBIA.

De una falacia
l mísero instrumento.

JOAS.

Ah! te engañáste:
Joas si que soy.

SEBIA.

Fiera arrogancia!
ien lo asegura?

JOAS.

El sumo Sacerdote.

SEBIA.

ha engañado.

JOAS.

Qué dices? tal falacia
su corazon alimentar podia
de Dios en la presencia sacrosanta?

SEBIA.

Y ahora espera el infiel que á sus engaños
sirvan de apoyo iniqüo mis palabras;
pero estas servirán tan solamente
de descubrir á su ficcion la cara.
Yo parto, sí, yo parto sus traiciones
á publicar, primero que se esparzan
en la crédula gente.

JOAS.

Madre, madre,
adonde así caminas? tente, aguarda.

SEBIA.

Dexame.

JOAS.

Ten piedad de un hijo tuyo.

SEBIA.

Qué es lo que haces? te postras á mis plantas?
mas cielos! yo me siento enternecida:
no me detengas.

JOAS.

Dame una mirada;
dame el nombre de hijo una vez sola:
¿podrás negarme, oh madre, aquesta gracia

SEBIA.

¿Que virtud escondida, cielo santo,
en estas tiernas súplicas se hallan?
¡que tumulto de afectos en mi pecho
lo humilde de esta voz rendida causa!

Ay de mí! que impedir apenas puedo
que aprisionen mis brazos su garganta.

JOAS.

No quiere responderme ni mirarme.

SEBIA.

Levanta, oh Dios! levanta hi...

JOAS.

No truncada
dexes esa razon, seré dichoso
como acabe tu voz de pronunciarla.

SEBIA.

Ya casi sin querer le llamé hijo:
no comprehendo el lenguage demis ansias.

Recitado.

SEBIA.

¡Que tumulto de afectos contrastan mi ternura!
en mí combaten el ódio y el amor:
yo no me entiendo,
ni entiendo el corazon: le miro ayrada,
y quiero acariciarle arrebatada.

DUO.

Quisiera tus labios
juntar con los mios:
en tí mis agravios
quisiera vengar.

JOAS.

Oh, madre! en tu mano
permite piadosa,
que pueda amorosa
mi fé demostrar.

SEBIA.

En vano porfia

tu ruego prolixo.

JOAS.

Que yo soy tu hijo
no debes dudar.

SEBIA.

Yo muero de pena,
¡que fiero tormento!

JOAS.

Aplaca el rigor.

LOS DOS.

Mas bárbaro afecto,
mas fiero tormento,
mayor sentimiento
que el mio no habrá.

Sale JOYADA.

Ya todo está dispuesto.

JOAS.

Padre amado,
socorreme.

JOYADA.

Que tienes?

SEBIA.

¿Cómo es tanta
tu osadía que siendo delinqüente
el rostro muestras lleno de arrogancia?
¿No temes que la tierra, no pudiendo
de tus delitos soportar la carga,
te sepulte en su seno, como hizo
con Dathan y Aviron?

JOAS.

Madre, repara
que faltas al respeto...

SEBIA.

De mí huye,
y á tí ocultete al menos de la humana
vista el rubor, ya que de Dios no puede.
Teme su Omnipotencia soberana.

JOYADA.

Y yo, Sebia, por que?

SEBIA.

Por qué preguntas!
Tú que siendo maestro, padre y guarda
de los fieles Levitas, los seduces,
é iniqüamente á todo un pueblo engañas:
tú que elevar pretendes hoy al solio
á un Rey fingido: tú que las falacias
alientas de una indigna usurpadora:
¡oh siglos infelices! Oh desgracia!
¿En donde fé hallarémos, si ya el vicio
el manto usurpa á la virtud sagrada,
y aquellos que debian destruirle
son los que escandalosos le propagan?

JOYADA.

Ya comprehendo el error. Tú estás creyendo
que este es aquel Joás, que elevar trata
al trono de Judá la Reyna impía.
A tentar ha venido mi constancia
por medio de Mathan su infiel Ministro,
pero no consiguió lo que esperaba.
Aquieta, Sebia, aquieta tus temores,
y al Joás verdadero tierna abraza.
este es el hijo á quien salvó del riesgo
el poder de la causa de las causas.

JOAS.

Madre mia, lo ves? no te lo dixe
que yo era el hijo tuyo?

SEBIA.

Pero::

JOYADA.

Basta.
Entra en el templo. Josabeth mi esposa,
y la real nutriz que en él aguardan,
junto con los Levitas, de tus dudas
pronto te dexarán desengañada.

SEBIA.

Para consuelo mio Dios permita
que en un todo se cumplan tus palabras. *Vase. Templo de Salomon con trono á un lado. Aparecen los Levitas armados.* JOSABETH, *la real nutriz, y salen* SEBIA, JOYADA, *y* JOAS.

CORO.

Feliz reyne, feliz viva
de Jesé la regia prole,
pues que de ella se deriva
la mayor felicidad.

JOYADA.

Sacros guerreros por Jeová elegidos
para defensa de su ley sagrada,
aquí teneis del regio antiguo trono
que á Judá domino la última rama.
Este es aquel que prodigiosamente
el cielo arrebató de entre la saña
de esa pérfida Reyna que atrevida
extinguir presumió nuestra esperanza.

Mirad á Josabeth, que en el estrago
de la comun y fraternal desgracia
le encontró moribundo y casi yerto,
y aquí tambien está la que en su infancia
de tierna madre exercitó las veces:
mirad la magestad de que se halla
cubierto el tierno rostro; ved del pecho
en el centro inocente señaladas
las margenes funestas de la herida
que crudamente abrió sangrienta espada.
Ultimamente ved el brazo en donde
de un hermoso lunar la roxa mancha
manifiesta se vió, desde aquel dia
que empezó á respirar la comun aura.

Recitado y Aria.

SEBIA.

Es cierto, es cierto,
tú eres mi sangre, mi Joás, mi hijo.

JOAS.

Mas estimo ese nombre, madre mia,
que la gloria del trono.

SEBIA.

A Dios eterno
y á vuestro amor consagro
mi gratitud ferviente
que piadoso ha salvado un inocente.
Oh que de amargas lágrimas
por tí vertió mi anhelo!
Quanto me cuesta oh cielo
el recobrar tu amor!
Con tu vista siente el alma
un placer que yo no expreso.

No hay un gozo que á este exceso
llegar pueda en el placer.

JOYADA.

Con mis sacros deberes ya he cumplido:
yo, conforme el divino rito manda,
con oleo santo ungí su real cabeza,
y ahora en el solio antiguo de su casa
le voy á colocar: sube, Rey mio,
ocupa el regio asiento; mas repara
que el mismo Dios piadoso que te eleva
te volverá á abatir si del te apartas.
Toma este sacro libro, y sobre él jura
conservar siempre ilesa, siempre intacta
de Dios la honra divina.

JOAS.

Así lo juro.

JOYADA.

Y que de sus ministros respetada
será por tí la autoridad: que nunca
torcerá tu pasion la recta vara
de la santa justicia, y los preceptos
que escribió Dios en las divinas tablas,
siendo pluma su dedo omnipotente,
siempre obedecerás.

JOAS.

Así, Joyada,
lo prometo al Eterno que me escucha.

JOYADA.

Si tú así lo cumplieres, dilatadas
edades durará el trono en tu estirpe:
sacros guerreros, puestos á sus plantas
obsequiosos jurad fé y obediencia

al que Dios os señala por Monarca.

CORO.

Feliz reyne, feliz viva, &c.

JOSABETH, ISMAEL, *y todos los Levitas besan la mano á* JOAS, *que tendrá puesta en un libro que sostendrá* JOYADA. *En el final del coro empiezan á oirse golpes, que seguirán acabada la música.*

ATHALIA.

Romped, herid, matad, soldados mios,
todo lo abrase el fuego que me abrasa.

SEBIA.

Que es esto Josabeth?

JOSABETH.

Que con sus tropas
la perversa Athalía nos asalta.

JOYADA.

No desmayeis, Levitas, de Dios somos,
y Dios ha de mirar por nuestra causa.

Sale ATHALIA *despechada, con guerreros*

SEBIA.

Las puertas derribaron. Hijo mio,
sálvate.

JOAS.

Madre mia, tú te salva.

ATHALIA.

Ah pérfidos traidores, que es aquesto?
En mi daño os valisteis de mi traza?
Mas no lograreis, que de mis iras
la perfidia será víctima infausta.

Saca ATHALIA *un puñal, y corre á herir á* JOAS.

JOYADA.

Sacrílega muger, deten el brazo,
y no profanes la sagrada estancia
con la sangre inocente de tu nieto,
de tu nieto, cruel.

ATHALIA.

Ah fieras sañas!

JOYADA.

El Dios, que tú aborreces, le ha salvado
para cumplir al pueblo su esperanza.
De la casa de Acab, en tí, perversa,
hoy se debe cortar la última rama.
De tolerar tus bárbaros excesos
ya se cansó la suma tolerancia:
ya se cansó mi Dios, y el fatal dia
del furor, de la ira, y la venganza
ya llegó para tí: tiembla este dia,
tiembla este Dios que justo te amenaza.
Huye, Reyna infeliz, de estos recintos:
huye, muger cruel, de esta morada.
Corre á ver si los montes compasivos
te quieren sepultar en sus entrañas;
mas ay, que allí la espada vengadora
del sempiterno Juez tambien alcanza!
y ay infeliz de tí, mejor te fuera
no haber sido, que ser tan desdichada.

ATHALIA.

Suerte enemiga! qué deidad, que fuego,
que fuerza oculta encierran sus palabras!...
Yo tiemblo, yo vacilo, yo me siento

de un helado sudor toda inundada;
quiero huir, y las fuerzas me abandonan;
quiero hablar, y me faltan las palabras:
sombras de horror y muerte me circundan:
donde estoy? qué es aquesto que me pasa?
El ayre denso en tenebrosas nubes,
con relámpagos tristes me amenaza,
y con terribles y espantosos truenos
la Deydad de Israel se muestra ayrada.
Vacilante la tierra abre sus senos,
el abismo descubre sus moradas:
trémula, despechada y pavorosa,
del horror y el pavor acompañada,
voy de un infierno en otro tropezando:
por fin venciste, pérfido Joyada,
tuyo es el triunfo ya; mortal congoja!
terrible situacion! que separada
del trono y su grandeza, del abismo
solo quiero ocupar la negra estancia.
Que bárbaro placer! ¡que dulce angustia
me da la vida al tiempo que me mata!
Ya las crueles sañas me devoran;
ya del odio el rencor me despedaza;
ya en el pecho las furias vengativas
el corazon parece que me arrancan.

JOYADA.

Levitas, Ismaél, del sacro templo
arrojad sin demora á esa malvada.

Los Levitas con ISMAEL *arrojan con violencia á* ATHALIA *del templo.*

ATHALIA.

Ah injusto Dios de Abram!

JOYADA.

Calla, blasfema.

ATHALIA.

Pues la muerte me cerca, ella me valga. *Vase.*

JOAS.

Joyada, madre, ved como Athalía
huye confusa, tímida y turbada.

SEBIA.

En ella, hijo querido, el fin observa
que tienen las maldades: sufre y calla,
y tolera de Dios la omnipotencia,
ó porque trata con su tolerancia
dar lugar á la enmienda, ó porque quiere
que con persecuciones inhumanas
exerciten al justo; pero al cabo
con mas furor, y como suele el agua
de un soberbio torrente, quando rompe
las presas que su curso embarazaban,
precipitarse desde el risco al llano,
sobre ellos cae la celeste saña.

JOYADA.

Sí, Joás, este exemplo ten presente
en todo tiempo. De este modo acaban
los soberbios, iniquos y tiranos,
los que de Dios desprecian la ley santa,
los que al olvido dan sus beneficios,
y los que de su culto se separan:
sírvate de escarmiento mientras vivas,
no participes tú de sus desgracias.

Sale ISMAEL.

Albricias, que ya al susto y los temores
ha sucedido el gozo y la bonanza.

TODOS.

¿Que es esto que sucede?

ISMAEL.

Estadme atentos.
No bien la Reyna el templo abandonaba,
quando su pecho vil fue atravesado
por una mano fiel, pero ignorada.
Jerusalem se pasma de su muerte;
mas sabido el suceso, en alabanzas
su admiracion convierte, y obsequiosa
á su nuevo Monarca fina aclama.
De Bahal destruido queda el templo,
y el perverso Mathan ante sus aras,
á impulso del furor de tus parciales,
entre congojas mil despidió el alma.

JOYADA.

Cumplida está la obra, ya de nuevo
al solio de Judá se ve elevada
la estirpe de David, ya en fin miraron
mis ojos aquel dia que anhelaban.
Así, supremo Dios, quando tú quieras
mi espíritu del cuerpo en paz desata.

FINAL.

De David la estirpe regia
ya en el trono está elevada,
y del mundo asegurada
la ofrecida redencion.

JOAS.

Madre mia.

SEBIA.

Hijo mio.

Los dos.

Dios potente me ha salvado
por cumplir su prediccion.

Todos.

De su brazo omnipotente
bendigamos las bondades,
bendigamos las piedades
con ardiente corazon.

FIN.